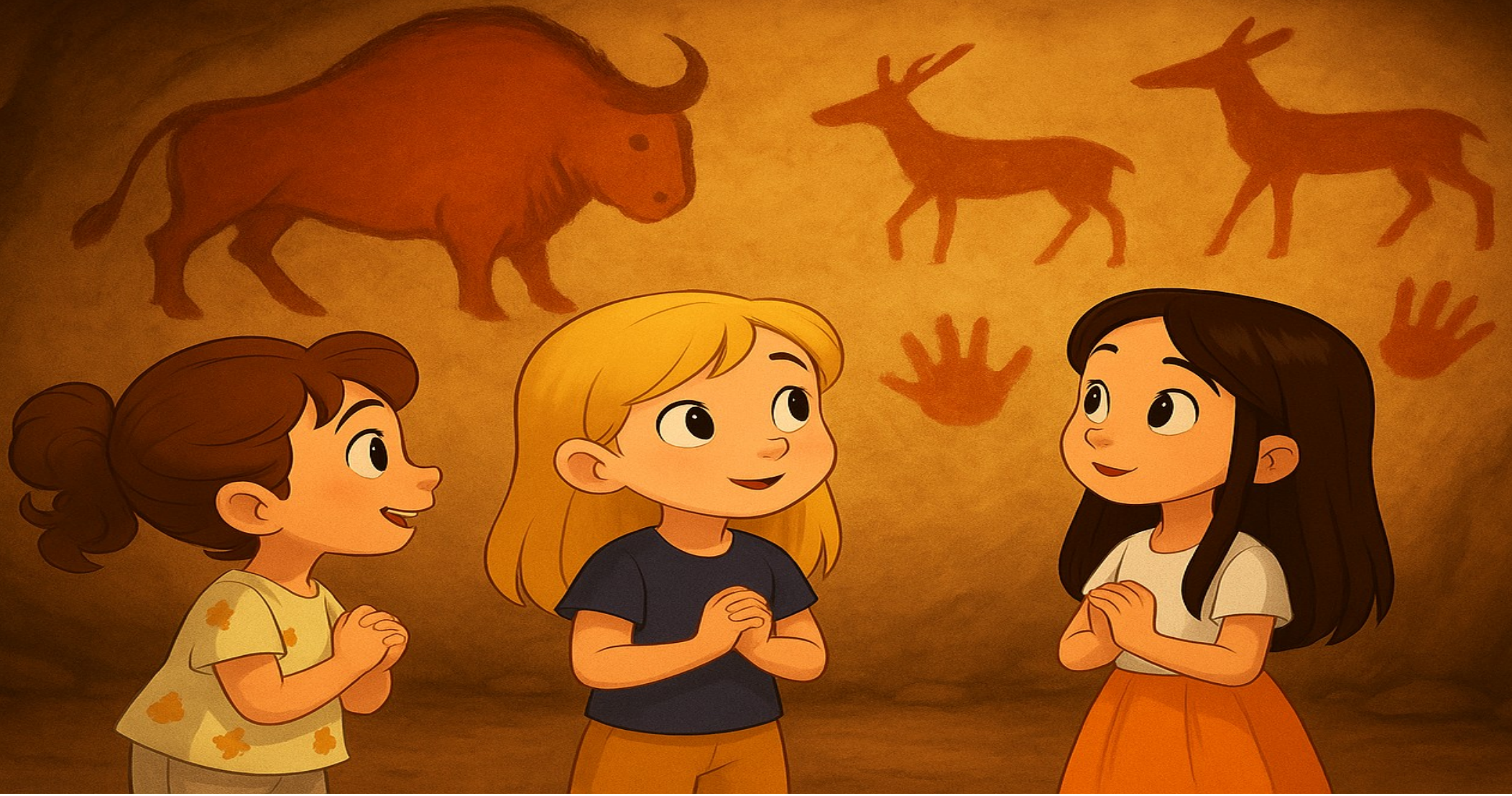


La aventura del museo.

Un cuento del abuelo Mateo



Había entrado septiembre, el verano llegaba a su fin y la vuelta al cole estaba cerca. Las tres primas, Nerea, Emma y Carmen, fueron a visitar a los abuelos quienes estaban encantados con la presencia de sus nietas.



Un día, el abuelo les dijo.

- ¿Queréis que mañana vayamos a visitar el museo etnográfico? -Las niñas se miraron entre sí.

- ¿Qué es un museo etnográfico? - Preguntó Emma.

Rápidamente respondió la mayor, Nerea:

- Es un lugar donde se exponen objetos antiguos y se reproduce la vida y las costumbres de los hombres prehistóricos.

- ¿Los que vivían en la época de los dinosaurios? - dijo Carmen.

- No - respondió el abuelo- en la época de los dinosaurios aún no existía el ser humano.

- Claro - continuó Nerea - los dinosaurios desaparecieron hace sesenta millones de años.

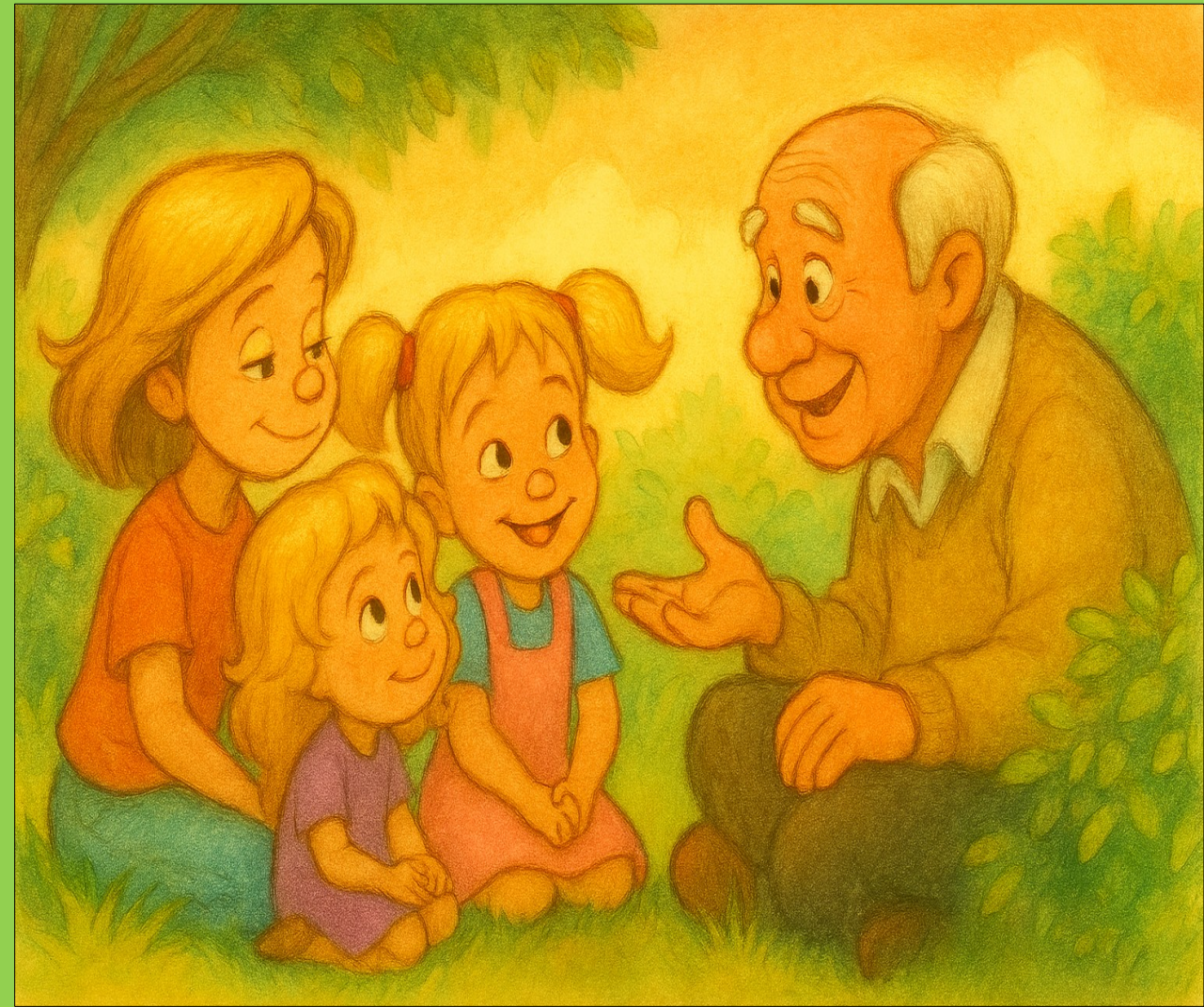
- ¿Eso es mucho tiempo? -preguntó Emma.

- Un montón - añadió Nerea.

- ¿Abuelo, tú conociste a los dinosaurios? - preguntó Carmen.

- Claro - dijo la abuela- ¿no ves que tiene el pelo blanco?

- Ah - murmuró Carmen con inocencia.





A la mañana siguiente las niñas prepararon sus mochilas de las excursiones. Metieron en ellas los ricos bocadillos que la abuela Lola había preparado y unas botellas de agua.

- ¿Lleváis vuestras lupas? - preguntó la abuela.
- Sí - respondieron las tres niñas al unísono.
- Y también mi linterna - dijo Carmen.
- Y yo llevo un cuaderno para tomar notas- expuso Emma.
- Yo también - dijo Nerea
- Pues, marchando - añadió el abuelo Mateo, mientras abría la puerta de casa.
- Tomaremos el autobús - indicó la abuela Lola.
- Bien - gritaron todas, con el nerviosismo en el semblante que dan las nuevas aventuras.

Llegaron a la parada del autobús y esperaron un rato. A su lado, un perrito las miraba fijamente. Su pelito era marrón, sus ojos parecían de vidrio, sus orejas estaban caídas hacia abajo.

- ¿De quién será este perrito- preguntó Emma?

- Parece que no tiene dueño - dijo Carmen

- Se habrá perdido - comentó Nerea.

- Los perros no pueden subir al autobús- dijo la abuela, adivinando las intenciones de las niñas.

- Salvo si acompañan a una persona invidente- comentó Nerea.

- ¿Qué es una persona invidente, abuelo? - preguntó Carmen.

- Una persona que no puede ver - contestó el abuelo - y utiliza un perro guía para no tropezar.

- ¿Y si yo subo al autobús con los ojos cerrados? - volvió a incidir Emma.





**-Que no niñas, que no, que el perrito no puede subir al autobús. Estará esperando a su dueño - dijo la abuela con firmeza.
Las niñas aceptaron a regañadientes.**

A lo lejos se vislumbró la figura del autobús. Era de color rojo y en el frente tenía pintado el número dos. Pasó primero la abuela, detrás las niñas, alborozadas, y cerró la comitiva el abuelo quien pagó los billetes. El conductor echó una sonrisa a las niñas que no paraban de parlotear mientras se sentaban juntas mirando extasiadas por los cristales intentando buscar al perrito, pero éste ya no estaba allí, había desaparecido.

- El perro ya no está - dijo Emma.**
- Habrá encontrado a su dueño - comentó Nerea.**
- Todo esto me parece muy raro - dijo Carmen.**

El autobús se puso en marcha. Las niñas se olvidaron del perrito y se dedicaron a observar por la ventanilla todo lo que ocurría en la calle.

- Chicas, qué bien, vemos el techo de los coches - dijo Emma.
- Desde aquí todo se ve más guay - comentó Nerea.
- ¿Cuándo llegamos, abuelo? - preguntó Carmen.
- Enseguida - contestó la abuela, mientras les iba contando la historia de los lugares por donde pasaban.



Tras veinte minutos de autobús, se bajaron en la parada del museo. Era un edificio enorme, con grandes ventanales. En la entrada, cuatro columnas sostenían un arco cuya bóveda estaba pintada del color del cielo



- Qué grande es abuelo - dijo Nerea.
 - Es mayor que tu casa - apostilló Emma.
 - Uh -dijo Carmen - la casa de los abuelos es la mayor del mundo.
- Lo abuelos sonreían ante las ocurrencias de sus nietas.



- Chicas, mirad - exclamo Carmen.

Las otras dos niñas miraron hacía donde señalaba el dedo de su prima y ..., oh sorpresa, en la escalinata del museo observaron, de nuevo, al perrito. Su pelito era marrón, sus ojos parecían de vidrio, sus orejas estaban caídas hacia abajo.

- ¿Cómo ha podido llegar antes que nosotros? - preguntó Emma.
- Los perros son muy rápidos - respondió el abuelo - si es que es el mismo.
- Pues, claro que es el mismo, abuelo - le corrigió Carmen - ¿no lo ves?
- Yo también lo creo - apostillo Nerea.





MUSEO

Los abuelos no le dieron mayor importancia e indicaron a las niñas que entraran en el museo. Emma miró hacia el lugar donde estaba el perrito, pero, sorpresa, ya no estaba, había desaparecido.

Rápidamente, se lo dijo a sus primas.

- Esto es muy extraño - les dijo Nerea

- Parece magia - comentó Carmen - aparece y desaparece..



Pasaron al vestíbulo que estaba decorado con espejos de colores. Las niñas miraban asombradas para todos los sitios. Entraron en la primera sala. Todo estaba en silencio, como si aquel lugar quisiera que los visitantes escucharan con atención las historias del pasado.

- Oh - a las niñas se les escapó un grito de asombro. En el centro de la sala estaba expuesto el esqueleto de un mamut.

- ¡Qué colmillos más enormes! - exclamó Emma.

- Los mamuts son los antepasados de los elefantes, pero mucho más grandes, eran lanudos y tenían enormes colmillos - expuso la abuela.

- ¿Pero dónde viven? - preguntó Carmen.

- Carmen - dijo Nerea - estos animales se han extinguido.

- ¿Qué es extinguirse, abuela? - volvió a preguntar Carmen.

Antes de que pudiera contestar la abuela, Nerea dijo:

- Pues, que ya no existe ninguno, y por lo tanto no viven en ninguna parte.

- Ah, ¿cómo los dinosaurios? - exclamó Carmen.

- Exactamente - le respondió Nerea.

Emma, mientras tanto, tocaba un hueso del pie del Mamut.

- Eso no se puede hacer, Emma - le corrigió la abuela.

La niña hizo caso y se apartó de aquel conjunto de huesos con el asombro en su cara.



En la pared de la sala había una pintura con una representación de un mamut.

-Es verdad, se parecían a los elefantes - comentó Emma, mientras miraban embelesadas la figura enorme del paquidermo.

—Era un animal que vivió en la época del hielo —explicó el abuelo—. Los hombres prehistóricos lo cazaban para tener carne y pieles con las que cubrirse del frío.

- Pobrecito – exclamó Emma



Después pasaron a otra sala donde observaron elefantes, rinocerontes y más animales. Las niñas miraban todo con ojos asombrados bajo la tierna mirada de los abuelos.

Cruzaron el pasillo entre ventanales y entraron en una tercera sala, donde estaba representada una familia de hombres prehistóricos en su hábitat. El padre, la madre y dos niños se calentaban en torno a una fogata mientras trabajaban en sus quehaceres diarios. El abuelo les dijo que entonces no había escuelas y todo se aprendía dentro de la familia, los conocimientos se transmitían de padres a hijos.





Pero las tres primas no estaban escuchando, sus miradas se dirigían a la fogata. Junto a ella permanecía inmóvil un perrito. Su pelito era marrón, sus ojos parecían de vidrio, sus orejas estaban caídas hacia abajo. La abuela se dio cuenta.

-Chicas, ¿no estaréis pensando ...?

-Sí abuela, lo pensamos - dijo la mayor, mirando a las otras dos.

-Pero si todas las figuras de la escena son de cartón - comentó la abuela.

Las niñas se dirigieron una mirada cómplice y se acercaron lo más posible al perrito, quien parecía mirarlas fijamente con sus ojos de vidrio.

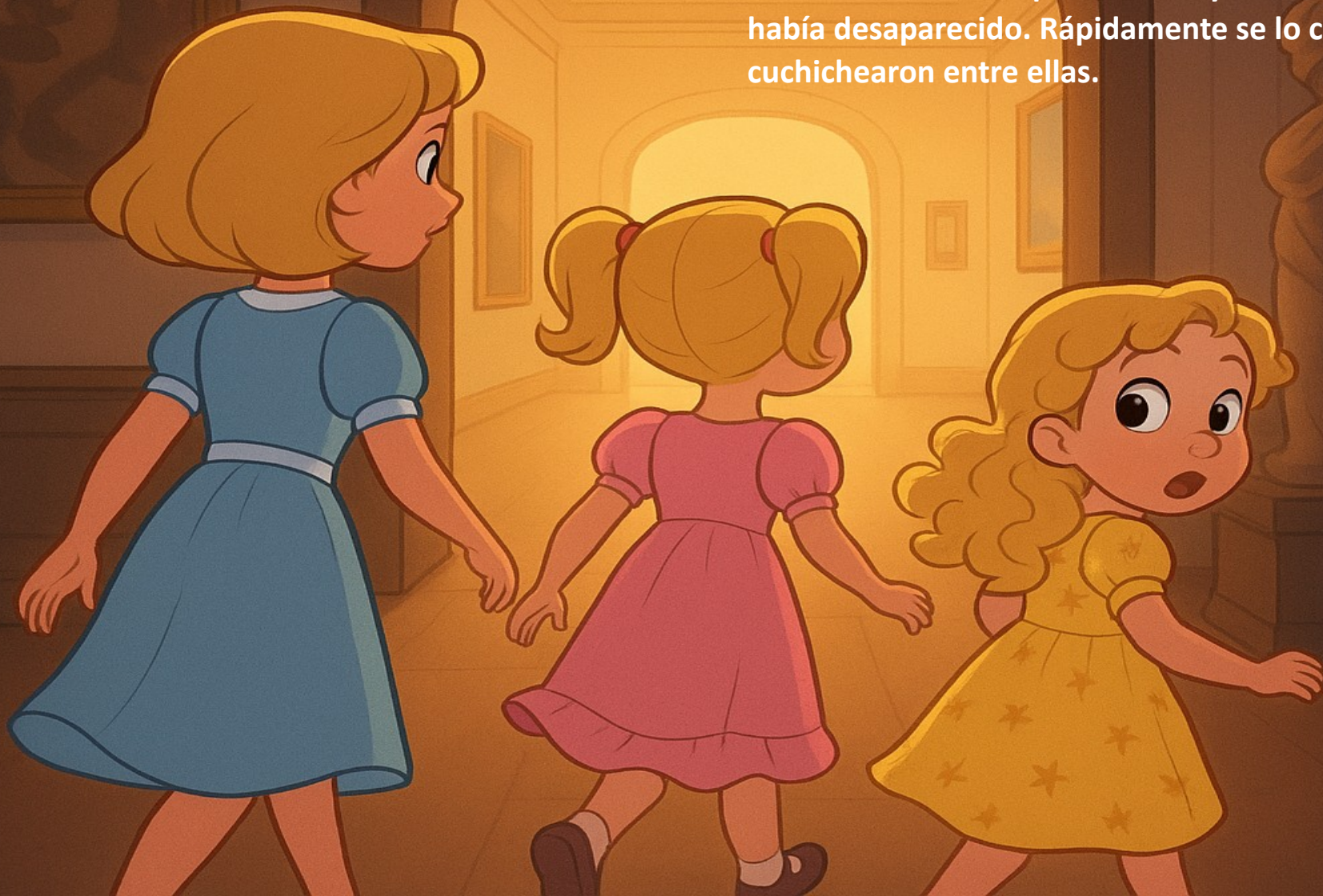
-Todo esto es muy extraño, es el mismo perro de la parada del autobús y de la puerta del museo, comentó Emma

-Sí, sí, dijo Nerea - mientras la abuela sujetaba a Carmen que quería ir a tirarle de la cola al perro para ver si se movía.



– Nietas, es hora de pasar a la otra sala, dijo el abuelo.

No muy convencidas, se encaminaron hacia el pasillo. Saliendo de la sala, Carmen volvió la mirada hacia atrás para ver por última vez la escena de la familia prehistórica y, oh sorpresa, el perrito ya no estaba, había desaparecido. Rápidamente se lo comunicó a sus primas que cuchichearon entre ellas.





En la nueva sala había una representación de una cueva con las pinturas que hacían los hombres prehistóricos sobre las rocas, pues la abuela les había dicho que entonces no existía el papel. Había dibujos de bisontes, ciervos y caballos pintados en color ocre y negro. También vieron huellas de manos impresas en la roca, al verlas Carmen dijo:

- Igual que pintábamos nosotras en la casa de los abuelos cuando íbamos a infantil.
 - Yo creo que pintábamos mejor las manos - dijo Emma, ufana.
- La mayor de las niñas sonrió mirando al abuelo quien le devolvió otra sonrisa cómplice.
- Las niñas sacaron sus cuadernos y se dedicaron a reproducir en ellos las pinturas de la cueva.





Las tres niñas se miraron entre ellas, sacaron sus lupas y se pusieron a investigar unas huellas que había en el pasillo. Parecían huellas de perro. Las siguieron, llevaban hasta un armario secreto situado al fondo del corredor donde se guardaban los productos de limpieza. Lo abrieron lentamente, mirando hacia uno y otro lado por si viniera algún vigilante y, oh sorpresa, dentro del armario estaba el perrito del hombre prehistórico con un hueso de la pata de un mamut entre sus colmillos

Súbitamente escucharon un alboroto en el pasillo. El abuelo salió y lo vieron hablar con uno de los vigilantes.

- ¿Qué ocurre, abuelo? - pregunto Nerea.
- Al parecer, ha desaparecido un hueso de la pata del esqueleto del mamut - respondió el abuelo.





Tanto insistieron las niñas que hubo que acompañarlas hasta el armario de la limpieza. El vigilante abrió la puerta y, sorpresa, allí sólo había escobas, plumeros y fregonas.

-Ya sabe de la imaginación de las niñas - se excusó el abuelo ante el vigilante, quien parecía enfadado -. No volverá a ocurrir - dijo, mientras se daba la vuelta para reprenderlas.



- ¡Hemos encontrado el hueso, hemos encontrado el hueso! - gritaron las niñas quienes corrieron rápidamente por el pasillo para notificárselo a los abuelos. El abuelo se lo comentó al vigilante.

- Eso no puede ser, en el museo está prohibida la entrada de perros, -dijo el guarda.

Pero las niñas no estaban. Al ver que el armario estaba vacío salieron rápidamente hacia la sala donde estaba la familia de los hombres prehistóricos. Allí se las encontraron los abuelos. La escena era misma que habían visto con anterioridad. Un hombre y una mujer de la prehistoria con sus hijos realizando labores caseras, junto al fuego había un chucho mirando fijamente. Su pelito era marrón, sus ojos parecían de vidrio, sus orejas estaban caídas hacia abajo.

El hombre prehistórico estaba martilleando sobre su yunque de piedra un hueso que parecía el de la pata de un mamut.



-Ves, abuelo, antes no estaba el hueso - comentó Emma.

-Sí, dijo Nerea - antes estaba dando golpes sobre otra piedra.

-Abuelo, el hombre prehistórico me ha guiñado un ojo, exclamó Carmen.

-Esto ya es demasiado - dijo la abuela - vámonos o nos van a terminar convenciendo de sus fantasías.



Salieron de la sala, el abuelo miró hacia atrás para dar el último vistazo a la escena. Hubiera jurado que el hombre prehistórico le había guiñado un ojo

En la tienda del museo, antes de salir, los abuelos les compraron un cuaderno para colorear los animales y los objetos que habían visto. Las niñas, ilusionadas, lo abrieron rápidamente. En la primera página había dibujado un perrito, con mirada fija, su pelito era marrón, sus ojos parecían de vidrio, sus orejas estaban caídas hacia abajo. Las niñas se miraron y sonrieron pensando en la próxima aventura.

